



Desde que el genio revolucionario de la Francia empezó á adquirir con sus pasajeras victorias algun influxo en los negocios del Continente, hemos visto desaparecer la dignidad de aquellas Naciones, que hicieron la parte mas honorífica de nuestra historia moderna. El Gabinete de la revolucion y el del imperio distan muy poco en sus operaciones y en su integridad; y el egoismo, la falacia, y las supercherías mas rastreras, se descubren lo mismo en los tratados de la República, que en los ajustes del nuevo ministerio.

Repasemos la desgraciada historia de nuestro País desde la paz de Basilea: veremos una democracia, ó por mejor decir un Club de Olígarcas desorganizado, sin consecuencia, sin forma, sin carácter, ni costumbres; vexar á nuestro Erario con especiosas exacciones, amenazar nuestra seguridad en medio de la paz, y posponer sus votos y sus juramentos. Poco despues observaremos al frente de las deliberaciones de Francia á un soldado lleno de osadía, hipócrita simulado, y acariciado de la fortuna, escalando aquella misma libertad fantástica, pero consagrada con mil víctimas illustres; y despues de mil protestas en favor de la independencia civil, tener todo el descaro de arrojarle á los negocios, formarse criaturas, desnaturalizar al ejército, aniquilar á los ciudadanos mas virtuosos con simulaciones y calumnias, fingir sediciones, venenos y otros trampantojos de comedia, y en fin proclamarse Emperador.

La Europa toda vió este acontecimiento como el último arrojó de los Tiranos; pero España, en obsequio

de la concordia firmada en Basilea, fué la primera que se apresuró á reconocer á este aventurero, y nuestras relaciones con el Norte le conciliaron poco á poco las atenciones de los demas Gabinetes; pero los Españoles ilustrados abandonaron desde entonces el partido de nuestros vecinos.

Echemos un espeso velo sobre los sucesos posteriores de Italia; cubramos con el manto de la vergüenza aquellas artes y enjuagues con que suscitó la última guerra de Alemania, la de Prusia, y todas las demas del Norte; advirtiendo de paso, que los Estadistas de menos penetracion recibían unas veces con tedio y otras con carcajadas aquellas Proclamas llenas de imposturas, que han alucinado al vulgo de las Naciones. Y si la Inglaterra hubiera tenido menos entereza, la llama asoladora que ha incendiado el Continente, hubiera allanado los mares, y hubiera transformado el universo en una mazmorra de esclavos. Si, solo una Isla, cuya forma constitucional la eleva sobre el resto de los demas Gobiernos, ha sido la única barrera de una ambicion tan desahogada; y la energía y consecuencia de plan de estos isleños, serán el escollo donde se estrellen los intentos de este escándalo de las Naciones:

Ha parecido con razon á diferentes Políticos, que desde la paz de Tilsit, Bonaparte acabó de despojarse del poco pudor que le quedaba, y juzgando que podría dominar á un tiempo la opinion y los negocios, no ha tenido escrúpulo alguno de arrojar-se á una clase de crímenes, que no le será dado á la posteridad comparar debidamente, por mucho que se afane en repasar los anales de la ambicion y del descaro. Y ¿cómo podremos dexar de dar aquí un débil bosquejo del horroroso quadro de engaños, cautelas, depredaciones y perfidias que tenemos á la vista? La posteridad podrá

sin duda emplear otras tintas, que den más vida á estas horribles imágenes, quando desaparezcán los temores, la servilidad y los respetos que arranca el poder; pero por ahora será suficiente para convencernos de la exquisita depravacion, y del avaro frenesí con que pretende sojuzgarnos, el examinar estos resortes que agitan nuestras mas dignas pasiones, y nuestros intereses mas sagrados, imponiendo el deber de subir hasta el heroísmo.

Nadie ignora que la nulidad y corrupcion de nuestro Gabinete ofrecian una presa muy halagüena á la insaciabilidad de nuestros vecinos; pero parece que contrapesaba este ruinoso partido la misma gravedad de la opinion pública, á pesar de las trabas y de la esclavitud, y la vista del jóven Principe de Asturias, cuyas persecuciones y ultrages padecidos desde la infancia, y el estado de abyeccion y lástima en que lo miraba la Nacion entera, nos recomendaban á este ilustre desgraciado, y nos hacian esperar, que además de su bondoso carácter, esparciria por gratitud con un cetro benéfico la felicidad y las virtudes públicas sobre un Pueblo tan generoso, tan estrechado á su causa, y tan amante de su decoro.

La Providencia con su invisible brazo nos quiso anticipar este glorioso suceso, derribando de su asiento al opresor de las Españas, y presentando á nuestros ojos la imagen de la prosperidad.

El sedicioso Napoleon habia sabido anteriormente fascinar á los dos partidos, aparentando al cándido Principe de Asturias que sus tropas ocupaban el terreno español para proteger su inocencia y dignidad holladas; persuadiendo al propio tiempo al otro partido que tomaba un interes muy esencial en los chismes, en los embolismos y en las infamias de Palacio. Godoy, que intentaba á toda costa ceñirse una diadema, se asgu-

es que entabló la negociacion secreta de dexar á merced de las armas francesas la posesion de sus amos, arrancándolos con falacias y supuestos temores de la Península; y obligándoles de este modo á la emigracion, abandonar la Patria á una orfandad politica; con el fin de ofrecer á Bonaparte un motivo decente para la usurpacion. A la verdad, vacilaron al pronto las gentes mas sensatas para dar crédito á un desigoio tan horroroso; pero la proteccion dispensada á este criminal, quando no le quedaban otros recursos que la confusion y el cadabalso: la faramalla de forzadas abdicaciones: los giros viciosos que se han ido dando alternativamente á la causa del Escorial, dislocando los hechos, desfigurando la verdad; y en fin la insolencia con que se ha querido atrancar hasta los mas débiles vástagos de la sangre Real, son los garantes mas seguros de que no fué infundado el primer concepto de nuestros Politicos.

La Nacion miraba en Fernando VII un libertador suspirado, y un restaurador de sus intereses y su gloria; y qué lágrimas y los votos de un Pueblo enagenado de gozo, y lleno de toda la dignidad que le es propia, el consentimiento unánime, y las bendiciones de una Nacion entera; no son los títulos mas robustos y preeminentes que legitiman á los Soberanos, y encadenan toda opinion? Sin embargo, Bonaparte en nada repara, y atropella por todo: entró en su cálculo, lo extinguió los Borbones, y ocupó la España, para apoyar los intereses sucesivos de su familia; y la razon, la moral y la decencia, las reputa por quimeras de la multitud, y por juguetes de muchachos. Ahora pues: la guerra mas desastrada con Inglaterra, concluida por el tratado de paz mas tiránico, podría producirnos ni el mas leve de los daños que nos ha ocasionado la funesta amistad de la Francia? La Gran Bre-

raña no puede calcular sus intereses de modo alguno sobre nuestras costas, sin hacer nuestra felicidad; y la industria, la agricultura, y la mayor parte de nuestros capitales han sido el resultado de algunos años de paz con esta Nación; pero ¿qué beneficios hemos conseguido de la alianza francesa? ¿qué recompensas de haberle sacrificado nuestra marina, nuestros millones, nuestros soldados y nuestros recursos? ¡Ah! En medio de estas afectuosas demostraciones de nuestra amistad, y de nuestra concordia, les daban la mano á nuestros emisarios, al mismo tiempo que nos rasgaban el seno. Entonces, entonces mismo se prepararon en el Gabinete de Saint Clout las cadenas mas ignominiosas contra esta sincera é íntima aliada. ¿Qué fiera ingratitude! ¿Qué mas hubiera podido hacer qualquiera Regencia de Africa?

¿Qué podíamos esperar de una Nación, que en medio de las protestas mas solemnes de union y de amistad, ocupaba con sus ejércitos nuestros baluartes y nuestra Metrópoli, para privarnos á su parecer hasta de la esperanza de defendernos? ¿Con qué language escribirá la posteridad los sucesos presentes! ¿Será posible que nuestros nietos sean tan excesivamente crédulos, que se persuadan al primer golpe de vista de la verdad de nuestra historia actual? Abramos la de todos los siglos: registremos ese depósito de la grandeza y de las pequeñeces del hombre; y advertiremos, es verdad, en muchas ocasiones á la ambicion furiosa y desbocada, pasar con la rapidez del rayo de la una á la otra parte del globo con la llama y con el hierro; pero no veremos unos monstruos tan desmoralizados, que nos estrechen tíetnamente para sufocarnos entre sus brazos, para baldonarnos, y para forjarnos en fin los afrentosos grillos que solo ha permitido una victoria cruel en aquellos siglos tenebrosos, quando los derechos del hom-

bre pasaron por una quimera. Pues ello se ha intentado así; y quando España toda pensaba ver en Bonaparte á un héroe, á un libertador de la Nación, y á un amigo de su Príncipe, solo ha visto á un usurpador descocado, que con las tramas y artificios mas mezquinos derriba del trono á Fernando VII, sorprende su franqueza, lo engaña, lo deshona, lo vilipendia, lo acusa, lo calumnia, y le arranca de sus sienes aquella corona que miraba la España deplorada como su salvacion y su libertad. Si despues de algunos años de barallas, concluidas por un triunfo decisivo, hubiese Bonaparte usado del funesto derecho del vencimiento, siempre hubiera comparecido delante de nuestro siglo con los rasgos de ferocidad; pero dar los mismos atributos á la amistad que á la victoria, á la buena fe que á la mala, á las relaciones de confianza y gratitud que á las campañas y á la sangre, es no haber formado la mas leve idea de la virtud, de la moral, y en fin de la complexion del hombre: es ser un monstruo, con todo el rigor de la palabra. A pesar de esto, tanto el Gobierno, como los déspotas subalternos que ha tenido Bonaparte la osadia de enviar á nuestra Corte y á otras guarniciones de la Península, nos han ofrecido *oros y moros, montes y maravillas*, y la eterna felicidad de la España. Y ¿qué político podria imaginarse que Bonaparte se decidiera por el afrentoso partido de Godoy, y el de sus cómplices?:::

La Europa horrorizada exêcra en el silencio una camafia perfidia, y la España y la humanidad holladas reclaman nuestras diestras vengadoras; pero Bonaparte tranquilo en sus crímenes por el hábito de cometerlos, qui re llevar hasta un extremo desconocido sus ambiciosos designios. No creemos que dexé de penetrar el mismo, que persistiendo en su plan, es inevitable la pérdida absoluta de nuestro patrimonio y

Del de la Europa toda, que son las Américas; que se levantarán en ellas diferentes dinastías, que harán independientes y formidables estas mismas colonias á sus antiguas Metrópolis; que la Gran Bretaña adquirirá una preponderancia que jamás habrá tenido; que son consiguientes la emigracion y otras calamidades; que la casa de Austria no dexará en reposo el derecho imprescriptible que tiene sobre el cetro de España en defecto de los Borbones; que todos los Gobiernos vivirán en eterna desconfianza, y alarmados contra un Gabinete tan excesivamente desmoralizado; y por fin, que es lo peor y mas seguro, que no conseguirá el objeto de encadenar los Españoles con sus esclavos, á pesar de las pueriles imposturas con que quiere deslumbrarnos, y de los terrores que quiere inspirar á una Nación tan zelosa de su gloria, con un ejército de siervos miserables, y de conscriptos arrastrados con cadenas desde las extremidades de la Europa, y desde países tan forasteros para la Francia como para nosotros; pero Bonaparte no se rinde á sus mismas reflexiones, porque es un Tántalo abrasado por la sed de subordinarlo todo. Se ha tratado de extinguir hasta los sentimientos mas comunes á todos los hombres, con la ojarasca de las proclamas de Murat, para hacernos olvidar, que la sangre de nuestros hermanos derramada en el 2 de Mayo con toda suerte de tormentos, aun despues de los choques y los furores de una oposicion injusta, tiñó las manos de los satélites de Bonaparte; sin embargo no creo que puedan estar ufanos á la sombra de sus laureles los enemigos, porque una ínfima parte del Pueblo, desvalida, sola, sin Gefes, sin recursos, y quasi sin armas, les dió á conocer, que aun conservaba toda la energía del carácter que uos distingue con rasgos sublimes de intrepidez, de valor y de ardimiento, á pesar de las calumnias y bal-

dores esparcidos, tanto en el sedicioso Diario de Madrid, como en otros Periódicos franceses. La excesiva condescendencia de nuestro Gobierno con sus perfidos huéspedes, le obligó por su seguridad á vilipendiar al infeliz Pueblo, á este baxo Pueblo, que es la parte constitutiva de los Estados, y el depósito mas seguro de nuestras antiguas virtudes públicas, olvidando ingratamente que acababa de sacrificarse por la justicia de su causa y la de sus Principes.

La ambicion del ejército enemigo debía moderarse con la imperfecta idea que adquirió el 2 de Mayo sobre su peligro; pero Bonaparte desprecia la sangre de sus soldados, y aborrece á la humanidad. Soñó en la altivez de su orgullo que le era fácil esclavizar á la España, y conservar sus Colonias. Envía un ejército, la mayor parte de Italianos, Polacos, Suizos y Alemanes, lisongeándoles con el saqueo de la corte de su íntima aliada; nos exagera el valor y el número de sus tropas; sorprende el País, aprisiona á sus Principes aliados, los arranca con asechanzas infames del seno de sus Pueblos, y se forja todo ese embolismo y baratija miserable de órdenes, protestas, abdicaciones, decretos, cartas y libelos, contando ya con el voto de las Cortes, que solicita se reúnan en Bayona, para colmar los planes de su inaudita perfidia. Bonaparte no ha hecho entrar seguramente en su cálculo el resentimiento de un Pueblo valeroso y amante de su independencia, cuyo justo enojo bendecirá el Señor de los Ejércitos, para humillar la ingratitud y la infidencia, y para renovar en Francia mismo los pasados días de sangre y desolaciones. Nada importa que su Teniente Murat llame rebeldes á estos esfuerzos de la fidelidad y del patriotismo: el mundo está penetrado de la impotencia de estas gentes para establecer la verdad y la opinión.

Generosos y leales Valencianos, la salud de la Patria está pendiente de vuestros formidables brazos; y la España toda, sumergida en el dolor, espera que enseñéis al resto de sus hijos los caminos de la gloria y del heroísmo. La Nación ha fijado ya la vista sobre nosotros, y nos bendice como á sus primeros libertadores: es preciso pues que justifiquemos á la faz del universo esta idea sublime y consoladora. Si hasta ahora hemos sacrificado á los preceptos de la autoridad nuestra indignacion y nuestro ofendido honor: si la debilidad y la infamia del egoismo habian contenido á una corta porción de indolentes y preocupados; hoy exige la libertad civil y el carácter de dignos Patriotas, que nos reunamos baxo de unas mismas insignias con las Provincias vecinas, y á las órdenes de nuestros valerosos Xefes, para vengar los ultrages de nuestro amado Soberano, la ofensa de la Nación, la inmunidad de nuestros hogares, la magestad de las leyes, la santidad de los altares, renovando á los ojos de estos advenedizos las ilustres jornadas de San Quintín y de Pavía, que hacen inmortales los nombres de nuestros Padres.



